

# Hace cincuenta años Una mujer al volante

María Luisa Sánchez Vaca<sup>1</sup>

**T**antas mujeres manejan vehículos ahora en esta ciudad de Guadalajara, que nadie imagina la gran cantidad de obstáculos de orden "moral" y "social" que yo tuve que salvar con el fin de obtener un permiso para conducir mi propio coche durante dos semanas.

Eran los últimos años del decenio de los 30 cuando mi esposo, por la elevada suma de dos mil pesos, adquirió un precioso carro seminuevo de la más prestigiada marca de automóviles de aquella época, Ford.

Desde luego yo manifesté mis deseos de aprender a manejarlo.

- Deberás ponerte a estudiar. El motor que impulsa un coche es un motor de cuatro tiempos de los llamados de explosión. Aprende el contenido de este folleto.

Más tarde hube de aprender los mecanismos de la palanca de velocidades:

Primera posición: Más fuerza que velocidad.

Segunda posición: Igual velocidad que fuerza.

Tercera posición: Más velocidad que fuerza.

Las ilustraciones gráficas que acompañaban esta lección hicieron más fácil su aprendizaje. Más tarde me enfrenté con el carburador y la batería.

Al fin, después de mi preparación teórica automotriz, principió la enseñanza práctica.

La prueba final, a principios de los años 40, consistió en conducir el coche desde la casa hasta el entonces lejano pueblecito de Atemajac, llevando como pasajeros a mi papá, mis dos hijitas y, a mi lado derecho, a mi esposo que vigilaba mis movimientos y hacía continuas indicaciones.

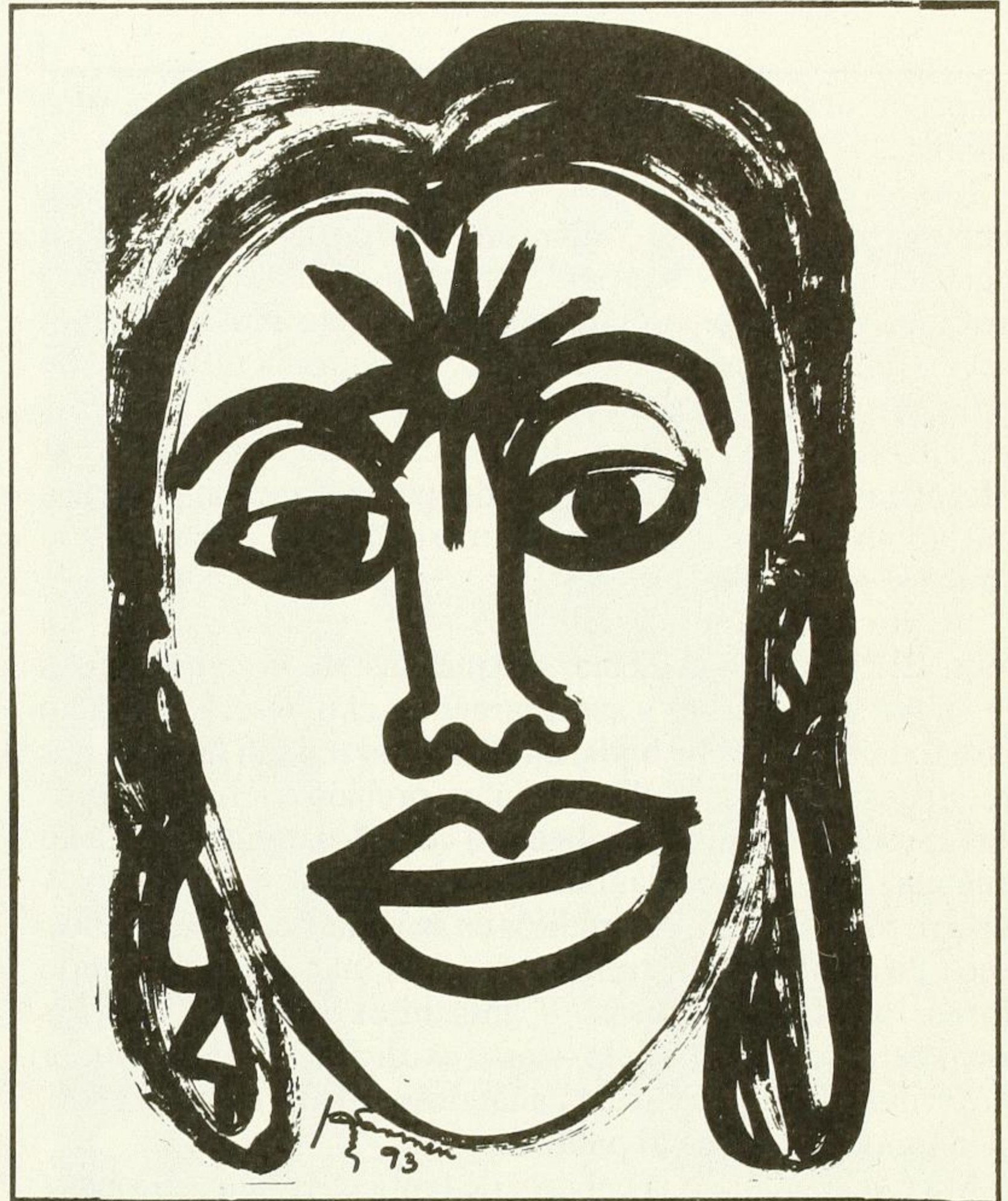
Nos detuvimos a comer junto a un arroyo. Unas piedras grandes nos sirvieron de mesas. Un enorme árbol nos ofreció su follaje para darnos sombra y sus fuertes ramas para sostener un columpio.

Al meterse el sol nos preparamos para regresar a Guadalajara. Al tratar de levantar la hielera, mi esposo se dislocó el brazo derecho. Imposible que él manejara. Yo tuve que conducir el coche hasta el Hospital Civil donde fue atendido de su dolorosa luxación.

Apenas me había instalado frente al volante para regresar a casa, cuando se me acercó un agente de tránsito. Por lo visto, yo había cometido un grave delito al conducir el coche con mi esposo imposibilitado. Según el agente, su deber era llevarme detenida a la Delegación pero, considerando la situación, solamente me infraccionó y me entregó un citatorio.

Al día siguiente acudí puntual a la Delegación. Expliqué al funcionario que me atendió el por qué me había visto precisada a manejar nuestro carro, y pedí que se me concediera un permiso de conductora.

- No es posible. Es contra la moral que una mujer maneje.



Mis súplicas y ruegos surtieron efecto. El empleado entró a una oficina y a los pocos minutos salió con un papel en la mano.


- Por medio de este oficio se le otorga permiso para conducir su automóvil durante las dos semanas siguientes, sólo mientras su esposo se recupera.

Me indicó también que colocara "a la vista" ese permiso. A pesar de eso, casi en cada esquina era yo detenida por agentes de tránsito que, incrédulos, examinaban detenidamente fecha, firmas y sellos, para terminar con una expresión de desagrado:

- ¡Hasta dónde hemos llegado! ¡Una mujer manejando un coche!

Al principio les daba yo explicaciones a los agentes.

Después, decidida a guardar silencio, cada vez que divisaba un uniformado, yo sola me detenía.

Al mirar la gran cantidad de mujeres que conducen todo tipo de vehículos, vino a mi memoria aquella época de luchas y afanes que las mujeres de la tercera juventud hubimos de vivir. Época que tuvo gran relevancia en mi vida y que me impulsa a valorar con gran beneplácito el papel protagónico que en todas las áreas de la actividad humana desempeñamos ahora las mujeres. 

<sup>1</sup> Profesora jalisciense con 58 años de servicios ininterrumpidos.